

Proefstuderen Latijns- Amerikastudies



Universiteit
Leiden
The Netherlands

5 april 2024

Introductie

Een student Latijns-Amerikastudies vertelt hoe jouw eerste jaar bij deze opleiding er uit zal zien.

Hoorcollege

Titel

Latin America in the world: why does this region matter?

Korte omschrijving

The lectures takes on a historical and international relations approach to understand the position of Latin America in the world today. It aims at presenting the regional and international context in which Latin America emerges as a region that matters in different ways. How does the region position itself in relation to geopolitical shifts in the global order? How does this shape the political, cultural and technological innovation that characterizes the region? How does Latin America respond to the challenges posed by the global demand for sustainability and preservation of biodiversity on the one hand, and the extraction of natural resources on the other?

Docent: Dr. Soledad Valdivia Rivera (s.valdivia.rivera@hum.leidenuniv.nl)

Dr. Soledad Valdivia research focuses on state-society relations and the process of democratization in the region, with a particular interest in the role of indigenous movements. She combines her training as cultural anthropologist with political science and international relations approaches.

Werkcollege

Titel

At the edge of the city: exploring La Villa by César Aira.

Korte omschrijving

Contemporary Latin American cities present us with many examples of how globalisation processes have brought about profound social issues that undermine the idea of urban spaces as spaces for social development. Latin American cultural products, from their part, offer us artistic responses to such global processes in which subjective and collective experiences of the city are reconfigured. In this seminar students will reflect on the political and aesthetic dimensions of the contemporary Latin American city by briefly examining the work of one the most prolific writers in the region. The seminar will be conducted in English.

Docent: Dr. Tatiana Vargas Ortiz (a.t.vargas.ortiz@hum.leidenuniv.nl)

Dr. Tatiana Vargas Ortiz is an Assistant Professor of Latin American literature and cultural analysis. Her research interests include contemporary Latin American history and literature of Colombia, Chile, Argentina and Cuba; narratives of travel, critical articulations of literature and philosophy, modern critical theory and Latin American cultural studies.

Q&A

Heb je nog vragen over de opleiding? Dan kan de student die hier allemaal beantwoorden!

Voorbereiding

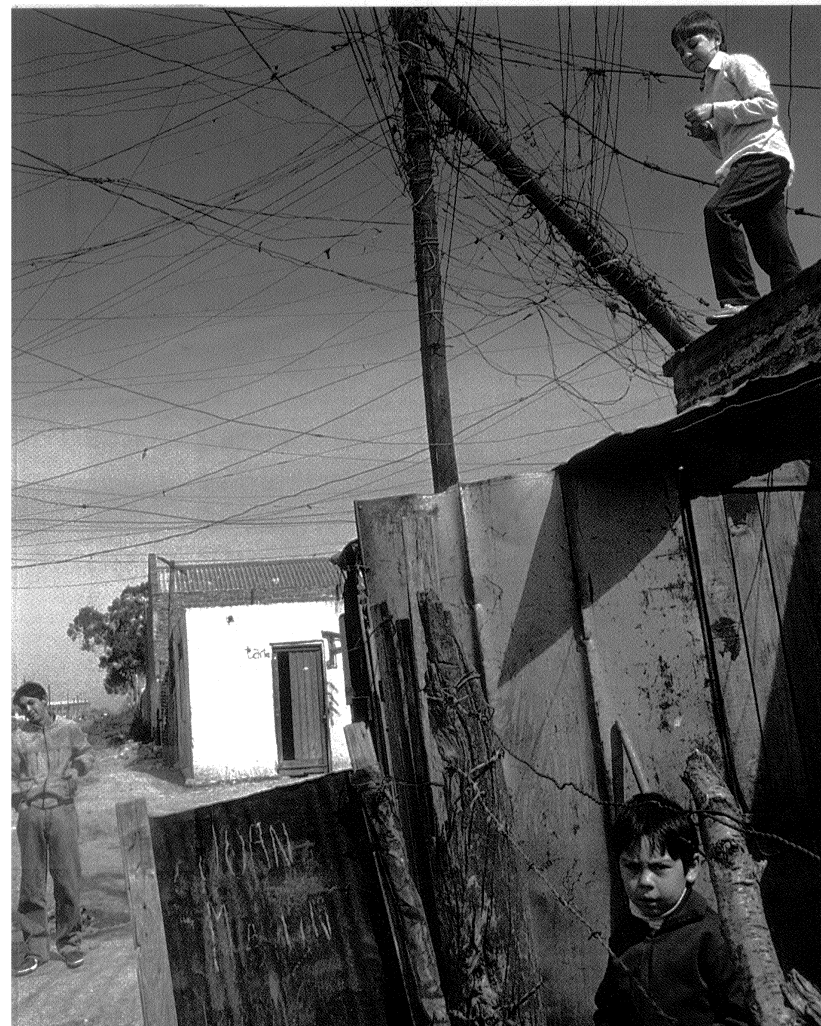
Read the text provided (the first chapter of the novel *La Villa* by César Aira). After your reading, prepare the answer of at least two of the following questions to discuss in the seminar:

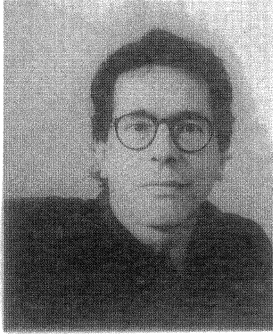
1. What are the main differences between Maxi's routine and the 'cardboard collectors' routine?
2. Why is Maxi not questioning the daily activities of the 'cardboard collectors'?
3. Why is the term 'cardboard collectors' an euphemism in this chapter?
4. What does the author mean in the text when he says that the collectors 'had become invisible'?
5. In the Spanish version, we read 'Él los encontraba casi al salir de su casa, a veces bajaba hasta el otro lado de Rivadavia y de la vía del tren, donde pululaban a hora más temprana' (p. 12). What does 'pululaban' mean in this sentence?
6. In the Spanish version, we read 'su cuerpo de titán hacía de enlace solidario para ese pueblo minúsculo y hundido' (p.13). Why is the author describing that 'pueblo' as 'minúsculo y hundido'?
7. How would you describe the shantytown through the eyes of Maxi?

César Aira

La Villa

emecé cruz del sur





César Aira nació en Coronel Pringles en 1949, y reside en Buenos Aires desde 1967. Es novelista, dramaturgo y ensayista. Ha sido traducido y editado en Francia, Inglaterra, Italia, Brasil, España, México y Venezuela. Ejerce el oficio de traductor. Entre sus numerosos libros figuran: *Ema, la cautiva* (1981), *La luz argentina* (1983), *La liebre* (Emecé, 1991), *La guerra de los gimnasios* (Emecé, 1993), *Cómo me hice monja* (1993), *Los misterios de Rosario* (Emecé, 1994), *La abeja* (Emecé, 1996), *El sueño* (Emecé, 1998), *Varamo* (2002) y *El mago* (2003). Publicó además *Diccionario de autores latinoamericanos* (Emecé-Ada Korn Editora, 2001), un esfuerzo monográfico excepcional.

César Aira

La villa

Aira, César

La villa.- 1ª ed. – Buenos Aires : Emecé Editores, 2006.
200 p. ; 23x14 cm.

ISBN 950-04-2806-7

1. Narrativa Argentina-Novela I. Título
CDD A863

© 2001, César Aira

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© 2006, Emecé Editores S.A.
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: *Departamento de Arte de Editorial Planeta*
2ª edición: octubre de 2006
(1ª edición en este formato)
Impreso en Grafimor S. A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de septiembre de 2006.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN-13: 978-950-04-2806-4
ISBN-10: 950-04-2806-7

Una ocupación voluntaria de Maxi era ayudar a los cartoneros del barrio a transportar sus cargas. De un gesto casual había pasado a ser con el correr de los días un trabajo que se tomaba muy en serio. Empezó siendo algo tan natural como aliviar a un niño, o a una mujer embarazada, de una carga que parecían no poder soportar (aunque en realidad sí podían). Al poco tiempo ya no hacía distinciones, y le daba lo mismo que fueran chicos o grandes, hombres o mujeres: de cualquier modo él era más grande, más fuerte, y además lo hacía por gusto, sin que nadie se lo pidiera. Nunca se le ocurrió verlo como una tarea de caridad, o solidaridad, o cristianismo, o piedad, o lo que fuera; lo hacía, y basta. Era espontáneo como un pasatiempo: le habría costado explicarlo si lo interrogaban, con las enormes dificultades de expresión que tenía; ante sí mismo, ni siquiera intentaba justificarlo. Con el tiempo se lo fue tomando en serio, y si un día, o mejor dicho una noche, no hubiera podido salir a hacer sus rondas por el barrio, habría sentido agudamente que

los cartoneros lo extrañaban, y se preguntaban “¿dónde estará?, ¿por qué no habrá venido?, ¿se habrá enojado con nosotros?”. Pero nunca faltaba. No tenía otros compromisos que le impidieran salir a esa hora.

Llamarlos “cartoneros” era hacer uso de un eufemismo, que todo el mundo había adoptado y servía al propósito de entenderse (aunque también se entendía el nombre más brutal de “cirujas”). En realidad, el cartón, o el papel en general, era sólo una de sus especialidades. Otras eran el vidrio, las latitas, la madera, y de hecho donde hay necesidad no hay especialización. Salían a rebuscárselas, y no le hacían ascos a nada, ni siquiera a los restos de comida que encontraban en el fondo de las bolsas. Al fin de cuentas, bien podía ser que esos alimentos marginales o en mal estado fueran el verdadero objetivo de sus trabajos, y todo lo demás, cartón, vidrio, madera o lata, la excusa honorable.

En fin. Maxi no se preguntaba por qué lo hacían, apartaba discretamente la mirada cuando los veía revolver en la basura, y era como si sólo le importaran las cargas una vez que las habían hecho, y de ellas no el contenido sino sólo el peso. Ni siquiera se preguntaba por qué lo hacía él. Lo hacía porque podía, porque se le daba la gana, porque le daba un sentido a sus caminatas del atardecer. Empezó en el otoño, en las siniestras medias luces del cre-

púsculo, y cuando se le hizo un hábito la estación había avanzado y ya era noche oscura. Los cartoneros salían a esa hora, no porque les gustase, ni por esconderse, sino porque la gente sacaba la basura al final del día, y a partir de ahí se creaba una urgencia, por ganarle de mano a los camiones recolectores que limpiaban con todo.

Era la hora mala para Maxi, siempre lo había sido, desde chico, y ahora que entraba en los veinte años se acentuaba. Sufría de lo que se llama “ceguera nocturna”, que por supuesto no es ceguera ni mucho menos, pero sí una dificultad muy molesta para distinguir las cosas en la oscuridad o con luz artificial. Tenía un ritmo circadiano diurno muy marcado, quién sabe si como causa o como efecto de este problema. Se despertaba con la primera luz, inevitablemente, y el derrumbe de todos sus sistemas con la caída de la noche era abrupto y sin apelaciones. De chico se había adaptado bien, porque era el ritmo natural de los niños, pero en la adolescencia lo había ido apartando de sus amigos y condiscípulos. Todos buscaban con avidez la noche, gozaban la libertad que les daba, se hacían adultos con sus enseñanzas; él lo había intentado, sin éxito. Ya había renunciado hacía rato; su camino era solitario, sólo suyo. Hacia los quince años, cuando ya se desenganchaba progresivamente de los horarios y los consiguientes intereses de sus compañe-

ros, había empezado a ir al gimnasio. Su cuerpo respondió muy bien a las pesas, y había desarrollado músculos por todas partes. Era muy alto y corpulento, habría sido gordo de otro modo. Tal como eran las cosas, la gente que lo veía en la calle pensaba: “un patovica”, o “una montaña de músculos sin cerebro”. Y no estaban lejos de la verdad.

En marzo había dado algunas de las materias previas que tenía colgadas del bachillerato, y le quedaban otras, para julio o diciembre... o nunca. Su etapa de estudio se había ido extinguiendo de un modo tan gradual como definitivo, tanto hacia adelante como hacia atrás: en dirección al futuro, tanto él como sus padres se habían ido convenciendo de que no volvería a estudiar nada nunca más: no había nacido para hacerlo, y era inútil; retrospectivamente, confirmando lo anterior, se había olvidado de todo lo que había estudiado en sus largos años de colegio. En la bisagra entre futuro y pasado quedaban esas materias, bien llamadas “previas”, flotando en una indecisión realmente perpleja. De modo que cuando empezó ese otoño no tenía ocupación alguna. Se había pasado el verano preparando vagamente los exámenes, y su familia aceptaba que después de darlos siempre se tomaba un largo período de descanso, para recuperarse no tanto del esfuerzo como de la tristeza y el sentimiento de inadecuación que le producía el estudio.

Esta vez, y aunque lo habían bochado en las tres que dio, o inclusive por causa del fracaso, el apartamiento del mundo académico se profundizaba. Pese a que teóricamente debía volver a probar en julio, y según el plan dar otras dos postergadas (¿o eran tres?), no podía ni pensar en el estudio, y nadie se lo recordó. Así que su única actividad fue el gimnasio. El padre, un comerciante acomodado, no lo apuraba a buscar trabajo. Ya habría tiempo para que encontrara su camino. Era un joven dócil, cariñoso, casero, hacía contraste con su única hermana, menor que él, rebelde y voluntariosa. Vivían en un lindo departamento moderno cerca de la Plaza Flores.

Las caminatas al atardecer habían empezado a fines del verano por varias causas conjuntas. Una era que a esa hora arreciaban las discusiones entre la hermana y la madre, y los gritos llenaban la casa. Otra, que su cuerpo había adquirido una necesidad de acción, y a esa hora hacía sonar una especie de alarma. Iba al gimnasio a la mañana, desde que lo abrían hasta el mediodía. Después del almuerzo dormía una siesta, tras la cual miraba televisión, hacía algunas compras, estaba en la casa... Esas largas horas de inactividad le pesaban, de modo que se le hacía imperativo volver a ponerse en movimiento. Había tratado de correr, en el Parque Chacabuco, pero era un poco demasiado pesado para

correr, tenía demasiada musculatura, y su instructor en el gimnasio se lo había desaconsejado, porque las vibraciones de la carrera podían llegar a modificar el delicado equilibrio de sus articulaciones sobrecargadas por el peso muscular; además no le gustaba. Caminar en cambio era el ejercicio perfecto. Coincidió con la hora en que salían los cartoneros, y de esta coincidencia nació todo lo demás.

La profesión de cartonero o ciruja se había venido instalando en la sociedad durante los últimos diez o quince años. A esta altura, ya no llamaba la atención. Se habían hecho invisibles, porque se movían con discreción, casi furtivos, de noche (y sólo durante un rato), y sobre todo porque se abrigan en un pliegue de la vida que en general la gente prefiere no ver.

Venían de las populosas villas miseria del Bajo de Flores, y volvían a ellas con su botín. Los había solitarios, y con éstos Maxi nunca se metía, o montados en un carro con caballo. Pero la mayoría llevaba carros que tiraban ellos mismos, y salían en familia. Si se hubiera preguntado si aceptarían o no su ayuda, si hubiera buscado las palabras para ofrecerse, no lo habría hecho nunca. Lo hizo por casualidad, naturalmente, al cruzarse con un niño o una mujer embarazada (no recordaba cuál) sin poder mover casi una enorme bolsa, que él tomó de sus manos sin decir nada y levantó como si fuera una

pluma y llevó hasta la esquina donde estaba el carrito. Quizás esa vez le dieron las gracias, y se despidieron pensando “qué buen muchacho”. Todo fue romper el hielo. Poco después podía hacerlo con cualquiera, hombres incluidos; le cedían el trabajo sin mosquearse, le señalaban el sitio donde habían dejado su carrito, y allí iba. A él nada le pesaba, podría haberlos cargado a ellos también, con el otro brazo. Esa gente enclenque, mal alimentada, consumida por sus largas marchas, era dura y resistente, pero livianísima. La única precaución que aprendió a tomar antes de meter la carga en el carrito era mirar adentro, porque solía haber un bebé. Los niños chicos, de dos años para arriba, correteaban a la par de sus madres, y colaboraban a su modo en la busca en las pilas de bolsas de basura, aprendiendo el oficio. Si estaban apurados, y los chicos se demoraban, antes que escuchar sus gritos de impaciencia Maxi prefería alzarlos a todos, como se recogen juguetes para hacer orden en un cuarto, y partía rumbo al carrito. En realidad siempre estaban apurados, porque corrían una carrera con los camiones recolectores, que en algunas calles venían pisándoles los talones. Y veían adelante, en la cuadra siguiente, grandes acumulaciones de bolsas muy prometedoras (tenían un olfato especial para saber dónde valía la pena detenerse); entonces se desesperaban, corría entre ellos una vi-

bración de urgencia; unos partían a la disparada, por ejemplo el padre con uno de los hijos, el padre el más hábil en deshacer los nudos de las bolsas y elegir adentro, viendo en la oscuridad; la mujer se quedaba para tirar del carrito, porque no podían dejarlo demasiado lejos... Ahí intervenía Maxi: le decía que fuera con su marido, él les acercaría el vehículo, eso sabía cómo hacerlo, lo otro tenían necesariamente que hacerlo ellos. Tomaba las dos varas y lo llevaba casi sin hacer fuerza, estuviera lleno o vacío, como un juego, y a veces estaba lleno hasta desbordar: lo que le sobraba de fuerza le permitía evitar sacudirlo, cosa muy conveniente para su eje remendado, las ruedas precarias y la comodidad de la criatura que dormía adentro.

Con el tiempo llegaron a conocerlo todos los cirujas de la zona; era él quien no los distinguía, se le confundían, pero le daba lo mismo. Algunos lo esperaban, los encontraba mirando hacia una esquina, y cuando lo veían apuraban el trámite: les ahorra tiempo, que era lo importante. No hablaban mucho, más bien casi nada, ni siquiera los chicos, que suelen ser tan charlatanes. Él los encontraba casi al salir de su casa, a veces bajaba hasta el otro lado de Rivadavia y de la vía del tren, donde pululaban a hora más temprana, y después los iba acompañando, pasando de una familia a otra, en su lento avance hacia el sur. Nunca intentaban rete-

nerlo cuando los dejaba, entretenidos en alguna venta rendidora: era como si reconocieran que otros un poco más allá lo necesitaban más que ellos.

Si había entre unos y otros un reparto de zonas y puntos productivos, era consuetudinario y tácito, quizás instintivo. Maxi nunca los vio pelearse, y ni siquiera superponerse. La única relación que los unía cuando se cruzaban en una esquina era él; su presencia imponente debía bastar para poner orden y garantizar la paz: su cuerpo de titán hacía de enlace solidario para ese pueblo minúsculo y hundido.

Marchando hacia el sur, iban en dirección a sus casas, es decir a la villa, de la que estaban más cerca a medida que se iban cargando. Pero también seguían la dirección de los horarios de los camiones recolectores. La coincidencia era tan conveniente que parecía hecha a propósito.

El grueso del botín estaba en las inmediaciones de la avenida Rivadavia, en las calles transversales y las paralelas, con su alta densidad de edificios altos, comercios, restaurantes, verdulerías. Si no encontraban ahí lo que buscaban, no lo encontraban más. Cuando llegaban a Directorio, si habían hecho buen tiempo, podían relajarse y rebuscar con más tranquilidad en los montones de basura, que se espaciaban. Siempre había algo inesperado, algún mueble pequeño, un colchón, un artefacto, objetos extraños cuya utilidad no se adivinaba a simple vis-

ta. Si había lugar, lo metían en el carrito, y si no había lugar también, los ataban encima con cuerdas que llevaban para ese fin, y parecían estar efectuando una mudanza; el volumen de lo que se llevaban al fin debía de igualar al del total de sus posesiones, pero sólo era la cosecha de una jornada; su valor, una vez negociado, debía de ser unas pocas monedas. A esa altura las mujeres ya habían separado lo que se podía comer, y lo llevaban en bolsas colgando de las manos. Más allá de Directorio empezaba el barrio de las casitas municipales, vacío y oscuro, con sus calles en arco entremezcladas. Ahí había mucho menos que buscar, pero no les importaba. Volvían a apurarse, esta vez por llegar cuanto antes, tomaban las callecitas que los acercaran antes a Bonorino, por donde desembocaban en la villa. Pero estaban cansados, y cargados, los niños tropezaban de sueño, el carrito zigzagueaba, la marcha tomaba el aire de un éxodo de guerra.

A Maxi se le cerraban los ojos. Por suerte en su casa comían tarde, pero él se levantaba temprano y necesitaba dormir mucho. Cuando ya estaba con los últimos de sus favorecidos, y tenía la seguridad de que no habría más, sólo esperaba la oportunidad de despedirse y volver a su casa, lo que generalmente hacía cuando salían a la calle Bonorino, desde donde ellos seguían derecho, y él también en la dirección opuesta (vivía en la esquina de Bonorino

y Bonifacio). Los cartoneros solían dar algunos rodeos todavía hasta salir, más allá del barrio municipal, a zonas mal definidas, de fábricas, depósitos, baldíos. Y una vez allí, en ocasiones eran ellos los que se despedían de él, pues una repentina inspiración, o un plan trazado de antemano (Maxi no podía saberlo: nunca entraban en detalles, y en realidad apenas hablaban), los decidía a quedarse en alguna ruina, en algún sitio vacío que podía servirles de refugio. Eso lo extrañaba, y nunca pudo explicarse por qué lo hacían. Era evidente que estaban cansados, pero no tanto como para no hacer el resto del camino. Quizás era para no tener que compartir la comida que llevaban con parientes o vecinos. Quizás no tenían casa, o compartían alguna casilla muy precaria e incómoda, y estaban mejor en uno de estos sitios casuales. En fin: era una de las ventajas de salir todos juntos a hacer su trabajo, en familia; donde se detenían, ahí estaba su casa.

Sea como fuera, mientras seguían en movimiento él postergaba todo lo posible el momento de despedirse. En tanto que no se durmiera de pie, podía hacer un poco más por ellos. Se resistía a abandonarlos a su suerte, tan agotados los veía; y a él no le costaba nada, lo hacía por gusto. Ellos le tenían confianza, y su vigor era visible sin necesidad de explicaciones. Un elefante tirando de un cochecito de bebé no habría dado una impresión más cabal de lo

poco que lo exigía. Todos habían llegado a conocerlo en poco tiempo: aun los que le parecían desconocidos, ya porque fueran nuevos en el oficio o vinieran de otra zona, o porque la casualidad hubiera querido que no se cruzaran (o bien porque él se confundiera, ya que era poco fisonomista y había tantos haciendo lo mismo y eran tan parecidos, sin contar con lo mal que veía de noche), siempre lo tomaban con naturalidad y le cedían muy agradecidos las varas del carrito. Quizá no habían necesitado verlo antes para saber quién era, porque se había corrido la voz de su existencia entre ellos, como una leyenda, pero una modesta leyenda realista, y real, que no asombraba cuando se hacía realidad.

En el tramo final subía a los niños al carrito, si había lugar, y los sentía dormirse. Si había lugar, invitaba con un gesto y una sonrisa a la madre a subir también. Y esas mujeres que parecía como si no hubieran sonreído nunca, respondían a su sonrisa con otra, tímida, y preguntaban “¿puede? ¿no le pesa demasiado?”, por pura cortesía, porque era obvio que sí podía. Pero él aprovechaba la ocasión para responder que no había problema. “¡Por favor! ¡Arriba todos!”, y miraba al padre de familia, como diciéndole “aproveche”. Y si el hombrecito también se trepaba, la familia entera iba sobre ruedas, en rickshaw, sentada sobre su tesoro de basura. Sólo algún chico grande se negaba a subir, por orgullo o

por pensar “sería demasiado”, pero no por desprecio, no agresivos, todo lo contrario: más identificados con el gigante bueno que llevaba a los suyos, y echándole de reojo una mirada de admiración y orgullo a los grandes músculos que se hinchaban a la luz de la luna. Era en esas ocasiones, cuando los había cargado a todos, que Maxi realmente creía que más de una vez se había dormido caminando.

La calle Bonorino, desde que nacía en Rivadavia, se llamaba en los carteles “Avenida” Esteban Bonorino, y nadie sabía por qué, porque era una calle angosta como todas las demás. Todos pensaban que era uno de esos frecuentes errores burocráticos, una confusión de los distraídos funcionarios que habían mandado a pintar los carteles sin haber pisado jamás el barrio. Pero sucedía que era cierto, aunque de un modo tan secreto que nadie se enteraba. Dieciocho cuadras más allá, pasando una cantidad de monoblocks y depósitos y galpones y baldíos, donde parecía que la calle ya se había terminado, y donde no llegaba ni el más persistente caminador, la calle Bonorino se ensanchaba transformándose en la avenida que prometía ser desde el comienzo. Pero no era el comienzo, sino el fin. Seguía apenas cien metros, y no tenía otra salida que un largo camino asfaltado, a uno de cuyos lados se extendía la villa. Maxi nunca había llegado hasta allí, pero se había acercado lo suficiente para

verla, extrañamente iluminada, en contraste con el tramo oscuro que debían atravesar, casi radiante, coronada de un halo que se dibujaba en la niebla. Era casi como ver visiones, de lejos, y acentuaba esta impresión fantástica el estado de sus ojos y el sueño que ya lo abrumaba. A la distancia, y a esa hora, podía parecerle un lugar mágico, pero no era tan ignorante de la realidad como para no saber que la suerte de los que vivían allí estaba hecha de sordidez y desesperación. Quizás era por vergüenza que los cirujas se despedían de él antes de llegar. Quizás querían que este joven apuesto y bien vestido que tenía el curioso pasatiempo de ayudarlos siguiera creyendo que vivían en un lugar lejano y misterioso, sin entrar en detalles deprimentes. Eso equivalía a suponerles una delicadeza de la que difícilmente podrían haberlos dotado sus circunstancias. Aunque era igualmente difícil pensar que no hubieran notado la pureza de Maxi, que resplandecía en su cara linda de niño, sus ojos límpidos, su dentadura perfecta, su corte de pelo al rape, su ropa siempre recién lavada y planchada.

Lo que también tenían que notar era el sueño que lo dominaba al final: masivo, invencible. Podrían haber temido que se les durmiera, y no sabrían dónde meterlo. Ese rasgo tenía mucho de infantil; era un niño en el cuerpo de un atleta hiperdesarrollado, que había reemplazado el des-

gaste del juego por el del levantamiento de pesas, y lo complementaba con el acarreo voluntario de basura. A lo que se sumaba el ritmo diurno muy marcado que le dictaba la alteración química de su hipotálamo y las pupilas (la “ceguera nocturna”). Y como si esto fuera poco (pero era parte del mismo sistema general), madrugaba muchísimo. Más de lo que debía, en realidad, por un hecho casual. El gimnasio abría a las ocho de la mañana, y él estaba levantado, vestido y desayunado un buen rato antes. En el verano, cuando a las cinco ya era de día y la espera se le hacía excesiva, tomó la costumbre de salir con el bolso una hora antes, y hacer tiempo con una caminata. En esos paseos había descubierto a un muchacho, evidentemente sin casa ni familia, que dormía bajo la autopista. Era un lugar raro, una especie de rincón de los que había formado la autopista al cruzar brutalmente la ciudad. La municipalidad había hecho una pequeña plaza seca en ese triángulo, que unía dos calles: habían puesto unos bancos de cemento y canteros, pero todo se había destruido de inmediato (no era un sitio viable para ese fin) y se había cubierto de un pastizal altísimo. Sólo quedaba un estrecho pasaje libre, que los vecinos debían de seguir usando para ir de una calle a otra sin dar la vuelta. Encima, como una colosal cornisa curvada, la autopista. Una vez Maxi, a primera hora de la mañana, se metió

por ahí, y vio a este joven sentado contra el paredón, poniéndose las zapatillas. El joven lo miró con desconfianza mientras pasaba, y Maxi se dio cuenta de que había pernoctado al amparo de la autopista y de lo abandonado del pasaje. Los yuyos ocultaban a medias unos diarios que debían de haber sido su cama, y un bolso en el que debían de estar sus posesiones. Días después volvió a pasar, a la misma hora, y otra vez lo vio en tren de partir. Por lo visto ése era su dormitorio: un lugar solitario, por el que no pasaba nadie de noche; y él lo abandonaba al rayar el día. Maxi era el único que lo había descubierto. Las primeras veces que lo vio, le dio la impresión de que no le gustaba la intrusión, pero después lo dejaba pasar sin alzar la vista. Empezó a pensar que, una vez descubierto su secreto, no le disgustaba que él pasara por ahí todos los días; podía transformarse en un hábito, y por ello en una especie de compañía, aunque no intercambiaran una palabra, casi un sustituto, tan precario, de la familia o los compañeros que no tenía. Quizás al verlo pasar pensaba “ahí está otra vez, mi amigo desconocido”, con ésas u otras palabras. Uno nunca sabe a qué se pueden aferrar los solitarios, cuando no tienen nada. Y tener menos que éste era directamente imposible. Maxi lo llamaba “el linyerita”. Quién sabe qué hacía durante el día, de qué se alimentaba, cómo pasaba el tiempo; no debía de ale-

jarse mucho, para que pudiera volver a dormir siempre en el mismo lugar. A unos pocos pasos, antes de salir de ese breve pasaje, el pastizal se hacía más alto y tupido, y de él salía un olor feo; ahí debía de hacer sus necesidades el linyerita. Era de edad indefinida, pero imberbe, así que no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, flaco y pequeño, de pelo muy negro pero bastante pálido, con los ojos hundidos y cara de animal asustado. Tenía una especie de traje azul oscuro, sucio y arrugado.

De hecho, Maxi no tenía la total seguridad de que el linyerita durmiera ahí; siempre lo había visto despierto, y levantado, salvo aquella primera vez cuando estaba poniéndose las zapatillas. Pero eso no probaba nada: uno puede sacarse un zapato para quitar de él una piedrita que se le ha metido, y después necesariamente tiene que volver a ponerlo. Además, como suele pasar con las primeras veces, cuando después la ocasión se repite siempre, esa primera vez se le hizo extraña en la memoria, y no podía confiar en ella. Claro que había otros indicios, como los diarios extendidos en el suelo, o el mal olor, y el más importante, la presencia del linyerita en su puesto todas las mañanas. Pero en ese punto había otra cosa incomprensible. Él no calculaba la hora, y esas vueltas matutinas eran irregulares, de modo que pasaba en cualquier momento,

y sin embargo siempre lo encontraba en el mismo punto: ni estaba durmiendo todavía, ni se había ido ya. Podía ser simple coincidencia, pero seguía siendo raro. De modo que empezó a salir más temprano, para ver si lo sorprendía dormido. Y no. El otro siempre le ganaba. La única explicación era que se levantara al alba, con el primer canto del gallo. Pero entonces, ¿por qué lo encontraba de pie sobre sus diarios, como si acabara de despertarse? ¿Lo esperaba a él? ¿Usaría su paso como la señal de partida? Podría haberlo averiguado, quizás, pasando más tarde, a ver si realmente lo esperaba. Pero prefería seguir la tendencia que llevaba e ir cada vez más temprano, con la ilusión de verlo algún día profundamente dormido. Y era por eso que se levantaba tempranísimo, desayunaba de prisa y salía, y después pagaba las consecuencias muriéndose de sueño no bien oscurecía.

II

Con el invierno, la noche se anticipaba cada día un poco más y el proceso terminaba más temprano y llegaban un paso más cerca de la villa. Como los camiones recolectores no cambiaban su horario, en realidad no había motivo para esta aceleración, salvo que a los cirujas el frío los hiciera trabajar más rápido, o buscaran menos, apurados por volver al abrigo de sus casillas, o la gente sacara más temprano la basura, engañada por la oscuridad. También existía la posibilidad de que la ayuda que les prestaba Maxi estuviera dando frutos. Su intervención era individual, casual, artesanal; pero quizás producía un efecto general y aliviaba a todos los cartoneros. Si era así, era inexplicable, y sólo podía adjudicarse al misterio de la caridad. Lo cierto es que si en verano llegaban a Directorio a las nueve, ahora llegaban a las ocho, y él avanzaba hacia el ensanchamiento de Bonorino menos dormido, con más resto. A lo cual contribuía el hecho de que no se levantaba tan temprano, porque amanecía más tarde. Estas ventajas quedaban compensadas con una acentuación



SHANTYTOWN

CÉSAR AIRA

"Aira should not be missed." —*The New York Times*

Shantytown

•

CÉSAR AIRA

Translated by Chris Andrews

A NEW DIRECTIONS BOOK

I

ONE WAY MAXI CHOSE TO SPEND HIS TIME WAS HELPING THE LOCAL cardboard collectors to transport their loads. An act performed once, on the spur of the moment, had developed over time into a job that he took very seriously. It had begun with something as natural as relieving a child or a pregnant woman of a load that seemed too great for someone like that to bear (although the woman or the child was, in fact, bearing it). Before long he was indiscriminately helping children and adults, men and women: he was bigger and stronger than any of them, and anyway he did it because he wanted to, not because he was asked. It never occurred to him to see it as an act of charity or solidarity or Christian duty or pity or anything like that. It was something he did, that was all. It was spontaneous, like a hobby. Had anybody asked him why, he would have had trouble explaining, given how terribly hard it was for Maxi to express himself, and in his own mind he didn't even try to justify what he was doing. As time went by, his dedication to the task increased, and if one day, or rather one night, he had been unable to do his rounds in the neighborhood, he would have had the uncomfortable feeling that the collectors were missing him and thinking, "Where can he be? Why hasn't he come? Is he angry with us?" But he never missed a night. There were no other obligations to keep him from going out at that time.

The expression *cardboard collectors* was a euphemism, which everyone had adopted, and it conveyed the intended meaning clearly enough (although the less delicate *scavengers* served that purpose too). Cardboard, or paper, was only one of their specialties. They also collected glass, cans, wood . . . in

fact, where there is need, there is no specialization. They had to find a way to get by and they weren't going to turn up their noses, not even at the remnants of food that they found in the garbage bags. And perhaps those borderline or spoiled leftovers were, in fact, the real objective, and all the rest — cardboard, glass, wood, tin — no more than a respectable front.

In any case, Maxi didn't ask himself why they were doing what they did. He tactfully averted his gaze when he saw them rummaging through the trash, as if all that mattered to him were the loads that they assembled, and only their weight, not their contents. He didn't even ask himself why he was doing what *he* did. He did it because he could, because he felt like it, because it gave his evening walk a purpose. When he began, in autumn, he would set off in the sinister half-light of dusk, but by the time the habit was entrenched, the year had turned, and it was dark when he started. That was when the collectors came out, not because they wanted to, or were trying to work under cover of night, but because people put out their trash at the end of the day, and, as soon as they did, the race was on to beat the garbage trucks, which came and took it all away.

That time of day had always been hard for Maxi ever since he was a boy, and now that he was entering his twenties, it was even worse. He suffered from so-called “night blindness,” which of course is not blindness at all, just a troublesome incapacity to distinguish things in dim or artificial light. As a result of this problem (or was it the cause?) his circadian rhythm was markedly diurnal. He woke up at first light, without fail, and the shut-down of all his systems at nightfall was sudden and irrevocable. As a child he had fitted in well, because that's the natural rhythm of children, but in his teenage years he had started to lose touch with his friends and classmates. They were all eagerly exploring the night, enjoying the freedom it granted them, coming to maturity as they learned its lessons. He had tried too, without success, and had given up some time ago. His path was solitary, all his own. At the age of about fifteen, already falling out of step with the routines and pursuits of his peers, he

had started going to the gym. His body responded very well to weight training, and he had developed muscles everywhere. He was very tall and solidly built; without the training he would have been fat. As it was, when people saw him in the street, they thought: “meathead” or “brainless hulk,” and they weren’t too far from the truth.

In March he had sat exams for some of the subjects that he still had to pass to get his high school diploma, and there would be more in July or December . . . or not. His studies had languished in a slow but steady and definitive way. Looking to the future, both he and his parents had come to accept that he’d never go back to being a student: he wasn’t cut out for it; there was no point. This was confirmed by looking back: he’d forgotten almost everything that he’d learned in the long years spent at high school. At the intersection of the future and the past were those aptly named *preliminary* subjects, suspended in a truly perplexing uncertainty. So when that autumn began, he was at a loose end. Over the summer he’d studied in a desultory sort of way, and his parents were resigned to the fact that he always took a long break after exams, not to recover from the effort so much as from the sad, inadequate feeling that came over him when he studied. Although he had flunked the three exams in March, or maybe because of that, the gulf between him and the world of education deepened even further. In theory he was supposed to try again in July, and then, according to the plan, re-sit exams for another two subjects (or was it three?), but he couldn’t even think about studying, and nobody reminded him. So his only activity was going to the gym. His father, a wealthy businessman, didn’t pressure him to look for work. There would be time for him to find his way. He was a biddable, affectionate young man, happy to stay at home; quite the opposite of his only sibling, a younger sister, who was rebellious and headstrong. They lived in a comfortable modern apartment near Plaza Flores.

There were a number of reasons why Maxi had begun to go walking in the evenings at the end of summer. One was that, around that time, the arguments between his mother and his sister

tended to intensify and fill the apartment with shouting. Another was that his body, by then, had energy to spend, and a sort of alarm had begun to sound. He went to the gym in the morning, from opening time until midday. After lunch he took a nap, and after that he watched television, did some shopping, hung around at home. . . . During those long hours of inactivity he grew increasingly restless, and in the end he simply had to get himself moving again. He had tried running in Parque Chacabuco, but his body was a bit too heavy, too muscular, and his gym instructor had advised him against it, because the jolting could upset the delicate balance of his joints, which were already under stress from the weight of muscle. Anyway, he didn't enjoy it. Walking, on the other hand, was the ideal form of exercise. His walks coincided with the appearance of the collectors, and that coincidence was how it all began.

Cardboard collecting or scavenging had gradually established itself as an occupation over the previous ten or fifteen years. It was no longer a novelty. The collectors had become invisible because they operated discreetly, almost furtively, at night (and only for a while), but above all because they took refuge in a social recess that most people prefer to ignore.

They came from the crowded shantytowns in Lower Flores, to which they returned with their booty. Some worked all alone (in which case Maxi left them to it), or driving a horse and cart. But most of them worked in family groups and pulled their carts themselves. If Maxi had stopped to wonder whether or not they'd accept his help, or tried to find the right words, it would never have happened. But one day he came across a child or a pregnant woman (he couldn't remember which), barely able to shift an enormous bag, and he took it from the child's or woman's hands, just like that, without a word, lifted it up as if it were a feather and carried it to the corner, where the cart was. That first time, perhaps, they said thank you, and went away thinking, "What a nice boy." He had broken the ice. Before long he could help anyone, even the men: they didn't take offence; they pointed out where they'd left their carts, and off he went. Nothing was heavy

for him; he could have carried the collectors as well, under the other arm. They were tough, resilient people, but scrawny and malnourished, worn out by their trudging, and very light. The only precaution he learned to take was to look into the cart before loading it up, because there was often a baby on board. From the age of two, the children scampered around among the piles of garbage bags with their mothers, helping, in their way, with the search, learning the trade. If the family was in a hurry and the children were lagging behind, rather than listening to the impatient shouting of the parents, Maxi would pick up all the kids, as if gathering toys to tidy a room, and head for the cart. Actually, they were always in a hurry because they were racing against the garbage trucks, which were hard on their heels in certain streets. And ahead of them, in the next block, they could see big piles of promising bags (they had an intuitive sense of where it would be worth their while to stop), and this made them anxious: an urgent buzz would spread through the group; some would shoot off ahead, the father and one of the sons, for example, because the father was the best at undoing the knots and opening the bags and spotting the good stuff in the dark; meanwhile the mother would stay behind pulling the cart, because they couldn't leave it too far away. . . . That's where Maxi came in. He'd tell her to join her husband; he'd bring the vehicle. That was something he could do; all the rest was up to them. He'd grip the two handles, and whether the cart was empty or full (sometimes it was piled high), he'd pull it along almost effortlessly, as if he were playing a game, using his excess strength to stop it jolting, so as to spare the mended axle and the dicey wheels, and not to disturb the baby asleep inside.

All the local scavengers got to know him eventually, though he couldn't tell them apart, not that it mattered to him. Some would wait for him, watching a corner, and when they saw him coming, they'd rush to get ready: he saved them time, that was the main thing. They didn't say much, hardly a word, not even the children, who are usually so talkative. He'd come across a group of them almost as soon as he stepped into the street, but

sometimes he'd go across to the other side of Rivadavia and the railway line, where they congregated earlier in the evening, and then he'd accompany their slow southward march, passing from one family to another. When they stopped to work a specially rich vein, and he left them behind, they never tried to stop him; it was as if they realized that others, a little further on, needed him more than they did.

If there was some sharing of the places with the richest pickings, it was a customary, tacit arrangement, or perhaps a matter of instinct. Maxi never saw them fight, or even get in each other's way. When two groups met at a corner, he was the only link between them. His imposing presence must have been enough to establish order and guarantee peace: for these diminutive, downtrodden people, his giant's body served as a bond of solidarity.

Marching southward, they were heading for home, that is, for the shantytown; as their loads grew heavier, the distance to be covered shrank. But they were also preceding the garbage trucks, which advanced in the same direction. This was such a practical arrangement, it might have been set up deliberately.

The richest plunder was to be found near Avenida Rivadavia, in the cross streets and the parallel streets, packed with tall apartment buildings, restaurants, greengrocers, and other stores. If the collectors couldn't find what they were after in that stretch, they wouldn't find it anywhere. When they got to Directorio, if things had gone well, they could relax and rummage in a more leisurely way through the less numerous piles of trash. There was always something unexpected: a little piece of furniture, a mattress, a gadget or an ornament, and curious objects whose purpose could not be guessed simply by looking at them. If there was room, they put these spoils into the cart; if not, they tied them on with ropes brought specially for that purpose. It looked as if they were moving house: the volume of what they ended up hauling must have been equivalent to that of all their worldly goods, yet it was the fruit of a single day's work; when all the deals were done, it would be worth a few coins. By this stage, the

women had generally identified anything edible and put it into the plastic bags that they were carrying. Beyond Directorio they entered the council estate: a dark, deserted tangle of crescent streets lined with little houses. The pickings were much slimmer there, but that didn't matter. The collectors hurried on, anxious now to get back as soon as possible. They took short cuts down the little alleys to Bonorino, which led to the shantytown. But they were tired and burdened; the children stumbled along half asleep, and the carts wandered erratically. Marching home, they looked like refugees fleeing from a war zone.

By this time of night, Maxi had to struggle to keep his eyes open. Dinnertime was late at his place, luckily, but he got up early and needed lots of sleep. As he was helping his last family, if he was sure that they really were the last, he'd be waiting for the moment when he could say goodbye and go home, which he usually did when they came out onto Calle Bonorino. From there on they continued straight ahead, and he went back in the opposite direction (he lived on the corner of Bonorino and Bonifacio). The collectors, however, often made detours, which took them beyond the council estate, into ill-defined areas occupied by factories, warehouses, and vacant lots. And there it was sometimes the other way around: they said goodbye to him, because, on the spur of the moment, or in accordance with a pre-established plan (Maxi couldn't tell: his rudimentary conversations with them never got that far), they would stop in some derelict building or open space that could serve as a refuge. This surprised him, and he could never work out why they did it. Obviously they were tired, but not so tired they couldn't make it home. Perhaps it was so they wouldn't have to share the food that they were carrying with relatives or neighbors. Perhaps they had nowhere to live, or just a portion of some flimsy little shack, and it was more comfortable for them to set up a provisional camp. One advantage of going out to work all together, as a family, was that wherever they happened to stop instantly became their home.

In any case, as long as the family kept moving, Maxi put off the moment of saying goodbye. As long as he wasn't asleep on

his feet, he could do a bit more to help them. He didn't like having to leave them to their fate, they looked so exhausted; and it was no trouble, he enjoyed it. They trusted him, and his strength was plain for all to see. Imagine an elephant pulling a baby carriage: that's how easy it was. Soon all the collectors got to know him. They accepted his help without fuss and gratefully let him take the handles of their carts, even those who looked unfamiliar to him, either because they were new to the trade, or came from another neighborhood, or hadn't yet happened to cross his path (or because he was getting them mixed up, since he had no memory for faces, and there were so many of them, and they looked so alike, not to mention his poor night vision). And perhaps they didn't need to have seen him to know who he was, because the news of his existence had spread among them like a legend: a humble, realist legend, so they weren't amazed when it became a reality.

For the last part of the way, if there was room, he lifted the children up onto the cart, and as he pulled it along he could feel them falling asleep. If there was room, with a smile and a gesture, he would invite the mother to climb up as well. She would smile timidly, as if for the first time in her life, and ask, "Are you sure it won't be too heavy?" This was just good manners, because he could obviously manage, but he would hasten to reply that it was no trouble at all. "Please! Up you go, all of you!" And he'd look at the father as if to say, "Make the most of it." If the little man climbed up too, the whole family would roll along, riding the rickshaw, seated on their trove of trash. Sometimes an older boy would refuse to get up, out of pride, or because he thought it would be "too much," but there was nothing contemptuous or aggressive about this refusal: on the contrary, the boy identified with the good giant who was towing the rest of his family, and watched him out of the corner of his eye, feeling proud, admiring his voluminous muscles bulging in the moonlight. More than once, at times like that, as he pulled a whole family along, Maxi felt that he had actually fallen asleep on his feet.

From the intersection with Rivadavia, where Calle Bonorino began, all the signs said “Avenida Esteban Bonorino,” but no one knew why, because it was a narrow street like any other. Just another bureaucratic error, it was generally assumed, made by some careless civil servant who had ordered the painting of the signs without ever having set foot in the neighborhood. But the name was actually correct, although in such a secret way that no one realized. Eighteen blocks from Rivadavia, further than anyone would choose to walk, beyond numerous high-rise apartment buildings and warehouses and sheds and vacant lots, just when Calle Bonorino seemed to be petering out, it widened to become the avenue that the signs had been promising from the start. But this wasn't the beginning; it was the end. The avenue continued for barely three hundred feet, leading only to a long sealed road that ran off along the edge of the shantytown. Maxi had never gone that far, but he'd gone far enough to see: in contrast with the dark stretch of road leading up to it, the shantytown was strangely illuminated, almost radiant, crowned with a halo that shone in the fog. It was almost like seeing a vision, in the distance, and this fantastic impression was intensified by his “night blindness” and the sleepiness besetting him already. Seen like that, at night and far away, the shantytown might have seemed a magical place, but he was not entirely naïve; he knew that its inhabitants lived in squalor and desperation. Perhaps it was shame that prompted the scavengers to say goodbye to him before they reached their destination. Perhaps they wanted this handsome, well-dressed young man, whose curious pastime it was to assist them, to believe that they lived in a distant and mysterious place, rather than going into the depressing details. But although they can't have failed to notice Maxi's purity — which shone in his beautiful childlike face, his clear eyes, his perfect teeth, his cropped hair, and his clothes, which were always freshly washed and ironed — they were hardly in a position to exercise that kind of tact.

Another thing that they must have noticed was the sleepiness that overwhelmed him toward the end: it was massive and

irresistible. They might have been worried that he would actually fall asleep: what would they do with him then? It was an infantile characteristic: he was a child in the overdeveloped body of an athlete, whose energy was spent in weight training instead of play, and in voluntarily hauling loads of trash. Then there was his very marked diurnal rhythm, determined by a chemical imbalance in his hypothalamus, which affected his pupils (thence his “night blindness”). And as if that were not enough (but all these factors were interrelated), he always got up very early. Earlier than he should have, in fact, because of something that happened by chance. Well before eight, when the gym opened, he was up and dressed and had eaten his breakfast. In summer, when it was light at five, and he didn’t feel like just waiting around, he had got into the habit of packing his bag, leaving an hour early, and filling in the time with a walk. On those walks he had noticed a boy who clearly had no home or family and was sleeping under the freeway. The place was strange: one of those gaps that the freeway had created when it cut a brutal swathe through the city, a triangular area bounded on two sides by streets, which the council had turned into a little gravel park. They had put in cement benches and flower beds, but it wasn’t the right place for a park, and it fell into neglect straight away. It was completely overgrown with tall grass and weeds, except for a narrow path which people in the neighborhood must have used to go from one street to the other, cutting the corner. The freeway loomed over it like an enormous curved cornice. One day Maxi happened to pass by first thing in the morning and saw the boy sitting against the wall, putting on his sneakers. As he walked past, the boy watched him warily, and Maxi realized that he had spent the night there, sheltered by the freeway and the place’s dereliction. Among the weeds, Maxi glimpsed some newspapers, which the boy must have been using as a bed, and a bag, which must have contained his possessions. A few days later he went past again, at the same time, and again the boy was about to leave. That abandoned space was his bedroom, apparently: nobody passed that way at night, and he left at the break of day.

Only Maxi had seen him there. The first few times, the boy seemed to resent the intrusion, but after that he let Maxi go by without even looking up. Maxi got the feeling that the boy didn't mind him walking past each day, now that his secret had been discovered: it could become a part of his routine, and even provide a kind of company — although they didn't speak to each other — a makeshift substitute for the family and friends he didn't have. Perhaps when the boy saw him go past, he thought, "There he is again, my anonymous friend," or something like that. You never know what people will fasten onto, when they're all alone and they have nothing else. And that boy had as little as it was possible to have. Maxi called him "the hobo." What he did during the day, how he fed himself and how he spent his time were mysteries; he must have stayed fairly close by so that he could come back and sleep in the same place every night. A few steps away, toward the edge of the little triangle, was a place where the weeds were higher and thicker, and it gave off a nasty smell; that must have been where the hobo did his business. It was hard to tell his age, but he didn't have a beard, so he couldn't have been more than sixteen or seventeen. He was thin and small, with jet black hair, pale skin, sunken eyes, and the face of a frightened animal. He wore a kind of blue suit, which was dirty and crumpled.

Maxi wasn't absolutely sure that the hobo actually slept there; he'd always seen him up and dressed, except for that first time when he was putting on his sneakers. But that didn't prove anything: people often take their shoes off to remove stones and things; then they have to put them back on again. Also, memory had transformed that first time into something strange and uncertain, as it often does when a situation is repeated over and over again. There were other clues of course, like the newspapers laid on the ground, the bad smell, and most importantly, the fact that the hobo was there without fail every morning. But that in itself was perplexing. The timing of Maxi's morning walks was irregular, and yet the boy was always at the same point in his routine: awake already but not yet gone. It might just have been a

coincidence, but still it was strange. Maxi started setting out earlier, to see if he could catch him sleeping. But he never did. The only explanation was that the hobo got up at cockcrow, with the very first light of day. But why was he always standing on his newspapers, as if he had just woken up? Was he waiting for Maxi? Was he using him as a sign that it was time to leave? Maxi might have tested this hypothesis by going past later in the morning, to see if the hobo really would wait, but he preferred to pursue the opposite strategy of passing earlier each day, in the hope of finding him sound asleep. And that was why he got up so early, bolted his breakfast and left; and then in the evening he had to pay the price: as soon as it got dark he could barely stay awake.